

La importancia del condimento

Juan Antonio Rosado-Zacarías

Recorro el departamento. Un amplio charco de orina frente a la cama de mi hija menor emana un tufo que envuelve la recámara, intenta acaparar mi mente para hacerme olvidar el desastre. Al ponerle fin a su griterío, mi familia salió con los rostros rojos de cólera, dejándome solo en esta estancia derruida, con estos muebles que apestan a humedad vieja, a podrido. ¿Volverán? ¿Me habrán abandonado para siempre? Frente al espejo del baño, la palidez de mi semblante contrasta con las profundas y casi amoratadas ojeras que a la vez hacen resaltar el marrón claro de mis ojos. Mis labios, gruesos y partidos, ni siquiera pueden pronunciar una queja ni una mentada de madre, ningún insulto. ¿Me preocupa? No... Me da lo mismo, aunque no haya probado alimentos desde esta mañana, cuando mi mujer y mis hijos salieron azotando la puerta y gimiendo que yo era un cerdo, que les daba asco. ¿Quién habrá azotado la maldita puerta? ¿Por qué no corrí tras ellos? Ya son casi las once de la noche, pero sé que volverán. Lilia necesita su masaje: «¡Usa bien las uñas!» Oigo esa voz a cada rato. Me persigue intentando agusanar lo poco que me queda de sensatez. ¿Me queda algo de sensatez? ¿Hasta qué punto las emociones contradictorias y las humillaciones pueden afectar la inteligencia, si es que alguna vez existió? Intentaré repasar algunos hechos de mi vida, lo que he experimentado desde que me casé con Lilia y tuve a esos... hijos. ¿Puedo llamarlos así todavía, después de lo que ocurrió esta mañana? No sé. Empezaré por el día de ayer. ¿Qué pasó ayer?

El hastío debilitaba mis ánimos, deleitaba mi masoquismo y amenazaba con apartarme de la poca cordura rescatada de entre los rastros de lucidez prematrimonial. Recuerdo la viveza de ese fastidio en las imágenes repulsivas de Sergio, mi socio, cuando empezó a reprocharme el déficit en la empresa:

—¡Nunca debí aceptarte, cabrón!

La larga tenía de frases violentas que lanzaba para hacerme sentir culpable se volvía más enérgica en la medida en que mi silencio se prolongaba, como si cada vocablo lo esperara para alimentarse de él y alargar así el maloliente gusano hasta la sensación de infinitud. Me figuré que mi socio, con su cara redonda y su ridículo bigotito gris, llegaba al extremo cuando de la alcantarilla de su rostro macilento surgían enunciados que se adherían al aire como ventosas. Sí: las ventosas de esa tenía podrida. Sus injurias alcanzaban lo más intocable de mi intimidad, ardían en el ambiente, retumbaban ante la docena de oyentes agrupados junto a la puerta. A zancadas, Sergio retrocedía y avanzaba en grotescos vaivenes. Sus dedos, como puntas filosas, me acorralaban, herían el aire entre gesticulaciones. Muecas bestiales se apilaban sobre ademanes estentóreos, saltaban de su cara como impulsadas por resortes candentes. Una señora enrojecida escudriñaba sus labios con la mirada. Yo quería cerrar la puerta, pero estaba descompuesta.

—¡Ya se propasó! —profirió un hombre, pero al instante se arrepintió de haber intervenido. Otros hacían comentarios sobre el clima o aludían a alguna noticia reciente, pretendían engañarnos con que no escuchaban. Mi paciencia me sorprendió por un momento, pero mi enfado resurgió. Por fortuna me dio hambre y olvidé todos los reproches e injurias. Salí con paso veloz. Llevaba dos días sin saciarme, a causa del trabajo. ¡Y aun así el imbécil de Sergio osó reprocharle a mi pereza los malos negocios! ¡Pobre pendejo! Si yo lo abandonara la pinche empresa quebraría.

—¿A quién más se deben los malos negocios? ¡Sólo tú eres el responsable y te costará, cabrón, te costará...!

¡Pobre güey! Es increíble la cantidad de farsas que los miserables inventan para hacer miserables a los demás. En realidad, una sola farsa. Se hincha progresivamente y estalla como un apéndice. Como el cuchillo de pedernal contra el pecho del sacrificado, se impacta en la vida cotidiana; otras veces se reduce y oculta su esencia tras un rencor o una sonrisa hipócrita. La farsa sin más: eso es. Me marché de la oficina poniéndole puntos suspensivos a mi socio, y a la gente signos de interrogación.

Recorrí el pasillo hasta llegar al elevador. Cuando se abrió la puerta, no sé qué notaron los pasajeros, pero me volví blanco de sus miradas durante casi todo el trayecto hacia la planta baja.

—Parece turbado, pobre hombre.

—Cállate, nos va a oír.



De la serie *La caja de Pandora* (2006). Vinílica sobre papel recortado: Layla Cora.

—Mira qué color tiene.

—No me importa.

Bajo humo y cielo mi estómago rechinó hasta subir en el autobús, donde revolvió su jugo gástrico como lavadora defectuosa. El calor era insoportable. Me concentré en la ventanilla, sin mirar restaurantes ni edificios. La gente atestó el pasillo. Comprobé la miseria de los niños callejeros, con sus miradas de adultos amargados; de los tragafuegos que olían a gasolina todo el tiempo; de los limpiaparabrisas que enjabonaban coches, pero nunca se bañaban; reconocí a las Marías traficantes de dulces o de muñecas de trapo. Todo eso me daba más y más hambre.

A la mitad del trayecto el conductor atropelló a un perro. Su dueña, robusta y adiposa, lo llevaba de una larga correa. El animal husmeaba un papel que acarreaba el viento y cruzó la avenida tirando con fuerza de la señora. El caniche se interpuso entre las ruedas del autobús que, tras un salto violento, frenó en seco. Todos escuchamos aullidos desgarrantes que se prolongaron por varios segundos y se mezclaron con los gritos y lamentos de la mujer.

—¡Hijo de la chingada! —gritó al conductor—, ¡Infeliz!

El chofer apagó el motor y abrió la puerta delantera. Todos vimos pasmados a la señora con el cadáver del perro. Lo arrastraba a tirones mientras insultaba con aspavientos y señas obscenas.

—¡Cabrón! ¡Ciego de mierda! ¡Puto!

Me comían los retortijones con el hambre en el pecho, donde empecé a sentir el estómago. Antes de que el chofer pudiera encender el motor, la matrona, sin abandonar a su perro, se había subido al vehículo.

—¡Desgraciado! —su histeria creció— ¡Te voy a matar!

—¡Ya cálmese, ñora! —El hombre trató de tranquilizarla, lo mismo que dos pasajeros entrometidos.

—¡Cálmese, doña, cálmese!

—¿Y a ustedes qué carajos les importa? —increpó la mujer, que de súbito recogió el cuerpo del animal y lo arrojó contra sus caras con violencia. La gente se revolvió y, por fin, formó una hilera que fue saliendo por la puerta trasera.

—¡Vieja loca!

—¡Tu madre, pendejo! —la coprolalia rebasaba lo tolerable.

—¡Vieja chiflada!

—¡Tu madre, puto hijo de mierda!

Hasta donde miré mientras me alejaba, la mujer, el conductor y los pasajeros agredidos continuaban discutiendo, con el cadáver del animal a sus pies. Los demás caminamos hacia la próxima parada. Ese lapso permitió a mi estómago recuperar su lugar habitual. El siguiente autobús tardó. El hambre se distanciaba.

Llegué a casa fatigado, y sobre la mesa...

—¡Sopa de cebolla! —exclamé ante el platillo que Lilia, justo por mi insistencia, no preparaba desde hacía años. Después de tanta resignación, ayer decidió cocinarlo. Mi alegría resonó en palabras amorosas que mi mujer escuchó desde la cocina y hasta olvidé contarle lo que ocurrió en el autobús.





De la serie *La caja de pandora* (2006). Vinílica sobre papel recortado: Layla Cora.

Sumergí la cuchara, la llevé a mi paladar impaciente y en el acto sentí roces molestos que me obligaron a ver el contenido del caldo. Puse una muestra sobre la mesa y me percaté de que mi esposa lo había condimentado con una generosa cantidad de uñas que se confundían con la cebolla. «He aquí —me dije— la clase de torturas con que se nutre mi familia». ¿Mi familia? ¿No vivo acaso en un manicomio?

Estoico y paciente, continué con la sopa de uñas y cebolla. Pensaba en la afición de Lilia por las uñas cuando mi hija más pequeña dejó su muñeca en el piso, se trepó a la mesa, se subió la falda y en cuclillas orinó mi caldo. Dejé que lo hiciera por aquello de los niños traumatizados por el enojo de los padres. No quise recurrir a la vulgaridad y me conformé con ser tolerante.

—¡Eres una tonta! ¡Debiste esperar a que terminara! —No me escuchó. Se marchó corriendo, sin tomar a su muñeca. Tuve que soportar la sopa de cebolla, uñas y orina. El hedor agredía mi olfato y para olvidarlo rememoré algunos episodios familiares.

Hace dos días, Pedro, otro de mis hijos, se bajó los pantalones frente a la fila que esperaba el autobús. Con autoridad —casi despotismo— les ordenó que le dieran dinero para un taxi.

—¡Malcriado!

—Déjenlo, no hace daño.

Terminaron por subirle los pantalones a la fuerza y despa-charlo en taxi. No le dieron ni un centavo.

—Papá, papá, ¿me das dinero? —me dijo al llegar.

—¿Para qué?

—Es que... —al notar la espontaneidad con que empezaba a justificarse, lo interrumpí. Le di el dinero y más tarde me contó la hazaña.

—Te fue bien —le dije— Tu hermana mayor ya había hecho lo mismo.

—¡Cuéntame, cuéntame!

—No tuvo la misma suerte. Un chimuelo con orejas de coliflor y ojos pequeños, y un calvo de nariz chata con las orejas muy grandes la cubrieron con sus sacos. El calvo la apartó de la gente y aparentó conocerla:

—¡Pero qué haces aquí, niña tonta! ¡Dije que te quedaras en casa y que no me siguieras! Disculpen, es retrasada mental.

Le cubrió la boca y después de entregarle su saco al chimuelo la condujo al otro lado de la calle, donde se ocultó con ella entre dos camiones de carga. Empezó a manosearla. El hombre se bajó el cierre del pantalón y se sacó el pene.

—Te haré gozar, niña. ¡Vas a ver qué rico!

—¡Déjeme!, ¡suélteme!, ¡suélteme!, ¡me lastima!, ¡déjeme!

—¡Silencio!, si no quieres que te mate.

—Está bien, está bien. Sólo quiero platicarle lo que le pasó a mi prima, por favor.

—No —el calvo insistía. La tenía sujeta—. Vas a mamármela y si me lastimas te mato, puta.

—Por favor... Hago todo lo que usted quiera, pero deje contarle, por favor.

—Pero rápido.

Entre sollozos, tu hermana le contó lo siguiente:

«La semana pasada un señor quiso asaltar a mi prima. Era de noche, en una calle desierta, pero mi prima fue veloz y...»

—Rápido —exclamó el hombre.

—Sí. Suélteme esta mano, que me lastima. Ya la tengo roja.

—No se te ocurra gritar ni golpearme con esa mano, porque...

—Entonces mi prima hirió al hombre y se fue corriendo. Me recomendó llevar un...

Tu hermana no completó la frase. Con un filoso cuchillo, le rebanó la oreja derecha. Al lado los coches y los claxonazos seguían circulando furibundos por llegar a sus destinos. Tu hermana se soltó, recogió la oreja y se fue corriendo como una liebre. El hombre se retorció de dolor entre la sangre que le brotaba.

—¿Y ella qué hizo?

—Escapó en taxi. Insistió en mandar a disecar la oreja, como recuerdo.

—¿Lo hicieron?

—¿Estás loco? Por supuesto que no. La quise tirar a la basura, pero tu mamá la frió en aceite de olivo y se la comió.

Ayer, cuando terminé la sopa, ya no quise comer más. Subí a mi habitación. Un ataque de náuseas se transformó en secuencias de vómitos y malestares. Recapacité sobre la monotonía, esa condición latente que envuelve las situaciones y las transforma en tedio, lo contrario de una situación. La gente suele preferir ese estado, tan ajeno a la naturaleza y al arte, a los instintos y sentimientos, porque en él se siente segura, estable, sin vestigio de contradicción o cambio, íntegra, fiel a lo que cree perenne, protegida tras una palabra o un epíteto para hacer ver a los demás que con sus cómodas pantuflas y su aparato televisor son alguien. A veces una palabra borra cualquier sospecha. ¿Es posible salir de la monotonía sin arriesgar la vida? ¿Es posible? ¿Qué sería de nosotros si no pudiésemos, por lo menos de vez en cuando, transgredir alguna norma, aunque haya sido impuesta por nuestra conciencia, por nuestros propios temores?

Hace una semana mi hijo Raúl se masturbó delante de dos monjas, una decena de transeúntes y varios coches. No me extrañó: ya de muy niño lo hacía y, justo porque podía volverse monótono, su madre le aconsejó no elegir más monjas. Pero el niño es necio y la necesidad es ignorancia y estupidez.

—Hay una inmensa gama de personas en la ciudad, Raúl.

Y Raúl escuchaba...

La monotonía es un mal del que debemos huir.

Ayer, ya caída la tarde, me dirigí a la tienda y compré un bote de pintura verde. No supe qué hacer con ella y la derramé desde la azotea. Una hora después llamaron a la puerta: era el dueño del edificio, que vive en el departamento de abajo.

—Buenas noches —exclamé— El hombre estaba irritado.

—Espero no molestarlo si le hago una observación... —frunció el ceño, levantó el labio superior y, casi mostrando los dientes, se sonrojó. Pequeños temblores recorrieron su cuerpo. Parecía una olla de presión.

—¿No quiere pasar?

—¡Qué va a hacer con toda esa pintura! ¡Debería darle vergüenza! —gritó, sacudiéndose los cabellos entrecanos y crispándose los músculos del rostro.

—¡Le prometo que voy a pintar todo de verde!

—¡Pues ya no compre pintura verde! ¡ES MONÓTONO! —El señor dio media vuelta y se fue.

«Hago justo lo que condeno», me dije. Hoy antes de llegar al trabajo compré pintura violeta. Si no le gusta al dueño, que coma mierda.

En el trabajo, Sergio se extrañó de verme llegar con dos botes. No dijo nada. Creo que por la riña de ayer me aplicó la 'ley del hielo'.

Lilia también contribuyó a la campaña contra el monotonismo. Anteayer compró tres cajas de alpiste para nuestro bebé adoptivo. La leche comenzó a aburrirle y mi mujer dice que es un pajarito; además intuye a la perfección cuándo el niño está insatisfecho con sus alimentos.

—Si se escuchan eructos estridentes el bebé está insatisfecho.



De la serie *La caja de pañadora* (2006). Vinílica sobre papel recortado: Layla Cora.

Su modestia me preocupa. En realidad intuye muy bien cuándo van a llegar esos eructos, se adelanta horas. Su padre decía que no podía intuir nada y con frecuencia se mofaba:

—Nunca le ha funcionado el sentido de la intuición; se le atrofió de niña, cuando lamió a su gatito desde la cola hasta la nuca. La escena fue tierna, pero ya no intuye, ¡y hasta casi le da asma!



De la serie *La caja de pandora* (2006). Vinílica sobre papel recortado: Layla Cora.

Pero era él quien no intuía. Lo sé porque fui testigo: al entrar por primera vez en su casa le expliqué, muy respetuosamente, que venía a pedir la vagina de su hija. Lilia se echó a reír. Los ojos de su padre se vistieron de fijeza, la boca dibujó una ligera sonrisa. Me acerqué a él:

- Vamos a ponerla seria.
- ¿Qué se te ocurre?
- Voy a decir que vine a pedirle la mano.

—Entonces ahora vengo.

El hombre dio largos pasos, subió las escaleras y bajó con un hacha. Lilia, exacerbada, seguía riendo. Su padre me guiñó el ojo. Después de entregarme el hacha con solemnidad se puso a espaldas de Lilia y la sostuvo con fuerza.

—Lilia —le dije, tomando su mano y acercándola al filo del hacha—, ¡vengo por tu mano!

Su padre la apretó y volvió a guiñarme el ojo. La mujer dejó de reír, se puso pálida. Con ímpetu me arrebató el hacha, giró con gran rapidez hacia atrás y cortó la quijada de su padre. La sangre saltó por todos lados. No lo podíamos creer.

—¡Fue un accidente, un accidente! —Lilia empezó a llorar.

—¡Parece que no le pasó nada, no te preocupes!

Al llegar la ambulancia dijimos que había sido la sirvienta.

—¡Huyó, acaba de huir! —Cosa que tenía su parte de verdad: la joven no sólo había deseado la muerte del padre de Lilia, sino que había desaparecido días antes.

—Deben dar aviso a la policía, darles una foto de la criada —nos explicó uno de los camilleros.

Durante dos meses la policía intentó dar con ella. Se interrogó a mucha gente, se perdió tiempo, pero por fin la localizaron. Tres oficiales y la joven organizaron una reunión que al finalizar, cuando los agentes estaban listos para esposar a la muchacha y remitirla a las autoridades correspondientes, se convirtió en escenario de crimen: los oficiales cayeron y se retorcieron como bichos rociados con ácido. Habían ingerido bocadillos con venenos capaces de matar a una docena de ratas. La criada llamó a tres o cuatro reporteros y en una especie de conferencia de prensa les mostró, presuntuosa, su colección de insecticidas:

—Hay uno para cada ocasión, caballeros. Aprendí a preparar los bocadillos de mi mamá. Ella se los ofreció a mi pa y luego puso la receta dentro del horno y se suicidó.

La joven acabó en el psiquiátrico.

Ahora que recuerdo, Marta, otra de mis hijas, ofreció esos bocadillos a una de sus compañeras en la universidad. Por desgracia está en la cárcel. Ya era mayor de edad. La ley dice que sabe cuidarse, pero desde muy niña supo hacerlo. La primera vez que lo hizo fue al colocar nueve tachuelas sobre el asiento de su maestra. La mujer fingió enojo para hacer creer a los demás alumnos que eso no debe hacerse. Lo cierto es que le gustó mucho, al grado de que invitó a nuestra hijita a dormir a su casa. Telefoneó para venir por ella:

—Mañana se la devuelvo. Hoy es viernes. No pasa nada.

Según Marta, todo lo que hicieron después de desnudarse fue clavarse, mutuamente, tachuelas en las nalgas. Conservamos una foto donde aparece desnuda, de espaldas, con veintidós tachuelas adheridas a las nalgas; cada una con un hilillo de sangre chorreando... ¡Ay! ¡Se ve encantadora!

Transcurrió una semana y le mostró las nalgas a un sacerdote que le pagó no sé cuánto. El cura vino después a casa, medio indignado. Insinuó que yo dañaba a mi hija. Le contesté que el dañado era él y que si las nalgas de Marta no le gustaban, que convenciera a su puta madre para que se las mostrara.

—Correcto —vociferó, y cambiando de actitud me dio a entender que me tomaba la palabra o que me consideraba un idiota a quien se le debía dar por su lado.

En una carta que casi no entiendo, el hombre se dedicó a hablar de las heridas de mis dedos, sin conocer que me las hice al clavar unos cuadros. Advertí que estaba enterado de mi afición por las catapultas de juguete y los espejos. Aun así su carta me pareció tonta, sin sentido. Pero resultó que me hizo caso: embarazó a su madre y en cuatro meses tuvo que abandonar la orden. Uno de sus hijos se hizo novio de mi sobrina. Son una pareja extravagante. Hace un mes tuvieron relaciones sexuales a mitad de clase. El maestro interrumpió lo que decía y exhortó al grupo para que aprovechara la ocasión. En poco tiempo la orgía se propagó por toda la escuela. Sorprendieron al director violando a un gatito sin misericordia: lo tenía bien sujeto por el cuello con la mano izquierda. Al lado, un bote de vaselina. Cuatro jóvenes, conmovidos por el animalito, separaron al director del gato y lo llevaron a un restaurante. El hombre se resistía, pero le ataron las manos y lo amordazaron. Le quitaron el saco y la corbata. Después lo desnudaron por completo y convencieron a los cocineros para que lo untaran con aceite de olivo y lo metieran al horno. Cuando empezó a oler, lo sacaron y se lo comieron. Convidaron a los meseros, pero éstos se quejaron por su falta de condimento:

—¡La monotonía de la gastronomía!

—¡Hay muchos chiles: serrano, chipotle, chile de árbol!

—¡Cállense! ¡Los malos meseros dan mala digestión!

—¡Hay cardamomo que mama, estragón fregón! ¡Está insípido este director!

—¡Hay comino para el minino y ajo del carajo!

—¡Albahaca con caca, tomillo del fundillo!

—¡Mejorana para la cama, jengibre para el tigre!

Ya son las doce de la noche. El mismo olor a humedad, la misma sensación de aislamiento e incomunicación, como si mi familia jamás hubiese existido. Ni Lilia ni los monstruos han regresado. ¿Dónde estarán? Ella dejó su teléfono celular sobre la estufa: no puedo hablarle. Pero... ¿Qué ocurrió hoy en la mañana? ¿Por qué me dijeron cerdo? ¿Por qué les doy asco? Creo que tendré que cenar solo una vez más. Iré a la tienda a preguntar si tienen director sazonado. Después de todo mi esposa tiene razón: ¡para la monotonía el condimento es lo más importante!



De la serie *La ardida y yo* (2004). Lápiz grueso y tinta sobre papel: Layla Cora.

JUAN ANTONIO ROSADO ZACARÍAS. Autor de la novela *El cerco* (2008), del libro de poemas y aforismos *Entre ruinas, penumbras* (2008), del libro de cuentos *Las dulzuras del limbo* (2003), y de los ensayos *Palabra y poder* (2006), *Juego y revolución* (2005 y 2011), *Erotismo y misticismo* (2005), *Cómo argumentar* (2004), *El engaño colorido* (2003 y 2010), *Bandidos, héroes y corruptos* (2001), *El presidente y el caudillo* (2001), y *En busca de lo absoluto* (2000). Coautor del *Diccionario de literatura mexicana* (2000 y 2004). Premio Juan García Ponce de ensayo. Doctor en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México, México.